

El agua en la literatura griega

La publicación de este libro es resultado del patrocinio de las siguientes instituciones públicas:

Universidad del País Vasco (UPV/EHU), a través de la financiación del grupo de investigación IdeoLit (GIU21/003: La literatura como documento histórico), y Dirección de Sostenibilidad y Compromiso Social de la misma universidad (a través del proyecto CBL 24ENCI: La literatura y los Objetivos de Desarrollo Sostenible).



Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo (ILC), que forma parte del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), a través de una ayuda (ref. OC 2024-03) dentro de su estrategia de Apoyo, Promoción y Difusión de 2024.



1ª edición, 2026

© Cada uno de los autores de sus respectivos trabajos

© Guillermo Escolar Editor S.L.
Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2
28008 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-68-8

Depósito legal: M-11334-2026

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

M. Carmen Encinas Reguero
Sara Macías Otero (eds.)

El agua en la literatura griega

Guillermo
Escolar
E D I T O R
Análisis y crítica

PRESENTACIÓN

SARA MACÍAS OTERO

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo (ILC – CCHS – CSIC)

M. CARMEN ENCINAS REGUERO

Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

Aunque la literatura griega centra la atención preferentemente en las acciones de dioses y héroes, lo cierto es que la naturaleza desempeña un papel no menor en ella. Este volumen ha querido demostrarlo dedicando sus páginas a la presencia, función y simbolismo del agua en esa literatura. Se trata, sin duda, de un tema inabarcable en un único volumen por la multitud de enfoques y perspectivas de los que su estudio es susceptible. Asumiendo que esta obra es únicamente una gota en el mar, se recogen en el volumen quince contribuciones elaboradas por especialistas en el mundo griego procedentes de distintas universidades nacionales y de alguna internacional. Precede a estas contribuciones un capítulo introductorio a cargo de las editoras, en el que han querido contextualizar el tema y, además, ofrecer una breve panorámica de la presencia del agua en la literatura griega.

Los quince capítulos que forman este libro son una representación de las posibilidades que brinda el estudio del agua en diferentes autores y géneros, abordado desde perspectivas distintas pero siempre complementarias. Así, se analiza la producción literaria de autores como Homero, Hesíodo y Nono de Panópolis dentro de la épica, Alcmán, Alceo, Píndaro o Calímaco en la lírica, los tres grandes trágicos (especialmente Esquilo y Eurípides) en el drama, o Heródoto y Plutarco en la historiografía; y también textos representativos de diferentes corrientes religiosas, como las laminillas órficas, el Génesis de la Biblia o las teorías cosmográficas de los naasenos entre los gnósticos.

El enfoque elegido destaca en unos capítulos la importancia simbólica del agua en rituales iniciáticos y en ciertas concepciones escatológicas; en otros, enfatiza la función del mar y los ríos en el relato mítico e historiográfico, o la caracterización de divinidades vinculadas con masas de agua, así como la presencia del elemento acuático en relatos de Creación como el

bíblico o en ciertas interpretaciones gnósticas, e incluso la pervivencia de las imágenes acuáticas en la iconografía moderna.

Los capítulos están, además, organizados en cinco bloques temáticos y un apéndice final. El primero de estos bloques, dedicado al agua en el imaginario y los ritos, incluye tres capítulos. Abre así el libro una contribución, a cargo de Alberto Bernabé, centrada en el papel que cumple el agua en el imaginario escatológico órfico, que difiere del tradicional homérico, y en su relación con la pérdida o conservación de la memoria por parte de las almas tras la muerte, lo que depende de si han bebido agua de una fuente o de una laguna. El documento que ofrece el testimonio más importante al respecto es la laminilla órfica de Hiponio, donde se proporcionan «instrucciones» que las almas de los iniciados deben seguir en su recorrido por el Hades para alcanzar su liberación del ciclo de reencarnaciones y acceder a un lugar idílico junto a los dioses. El agua es esencial para lograr esa dicha soñada.

También aborda el valor simbólico del agua Marco Antonio Santamaría, pero desde otra perspectiva, pues su capítulo se centra en las imágenes acuáticas utilizadas en la poesía como símbolo de la inspiración o de la naturaleza de las creaciones poéticas. El autor estudia, entre otras, las imágenes que Hesíodo asocia a la inspiración poética, a partir de las cuales la tradición vinculó la inspiración con el acto de beber de las fuentes de las musas. Un simbolismo semejante aparece en Píndaro, en cuya poesía el agua llega a ser imagen del propio poema, como si el poeta fuera una fuente de la que, gracias a las musas, fluyen las palabras poéticas que el receptor «bebe». La vinculación de la creación poética con el agua también se encuentra en Calímaco, para quien el buen poeta es como una cigarra que se alimenta de rocío procedente del éter, la forma más pura de agua. El capítulo aborda finalmente la supuesta polémica que habría existido entre los poetas «bebedores de agua» y los «bebedores de vino», dos bebidas asociadas a distintos tipos de poesía y modos de componer.

Cierra este primer bloque el capítulo de Helena Rodríguez Somolinos, dedicado al estudio de varios fragmentos de Alceo y de Alcman que parecen reflejar algún tipo de ritual femenino relacionado con el baño colectivo. Para ello, además de un examen exhaustivo de esos textos líricos y de su reconstrucción, se traza un recorrido por los datos, tanto literarios como iconográficos, que se han conservado sobre el baño femenino y sus contextos rituales, muy frecuentemente prenupciales, pero también vinculados a la práctica iniciática y deportiva, sobre todo en Esparta.

El segundo bloque del libro lo componen otros tres capítulos, esta vez centrados en distintas funciones y representaciones del agua en la épica griega, tanto de época arcaica como imperial. Para empezar, la contribución

de Javier Bilbao Ruiz analiza las cuatro tormentas marinas presentes en la *Odisea*. Las tormentas son un tópico en la épica grecolatina y, en consecuencia, tienen una estructura bastante estable y unos rasgos estilísticos comunes. De todas ellas, destacan las tempestades de la *Odisea* homérica porque prefiguran las que se encuentran posteriormente en otras obras. Las tormentas reflejan la fuerza de la naturaleza, pero, además, representan los obstáculos físicos y psicológicos que ha de salvar el héroe para poder regresar a su hogar, y son parte esencial de su viaje de transformación y autodescubrimiento.

En el siguiente capítulo, Ignacio González de Guevara aborda el controvertido catálogo de las nereidas, divinidades marinas, que aparece en la *Teogonía* de Hesíodo. Ese catálogo tiene la peculiaridad de que el autor dice proporcionar el nombre de las cincuenta nereidas, pero ya desde los escoliastas más antiguos se percibe que el recuento de nombres no coincide con esa cantidad, por lo que no han faltado propuestas para explicar la situación e intentar moldear el listado de nombres para que sumen cincuenta. Tras explicar la propuesta de West, que es una de las más aceptadas, se enfatiza la importancia de tener en cuenta el carácter oral de la poesía hesiódica y la compleja transmisión de la obra. Esos factores, que el autor considera determinantes, le permiten plantear una propuesta que no solo hace encajar la serie de nombres con la cantidad fijada de nereidas conservando la lectura de los manuscritos, sino que también explica la lógica que subyace a las diferentes lecturas propuestas desde los escolios más antiguos.

La importancia del agua está también presente en la épica más tardía. Así, el capítulo de David Hernández de la Fuente analiza la relación de la antigua Beirut con ese elemento, una relación que se representa en el mito fundacional de la unión de Béroe con Poseidón, según se relata en las *Dionisiacas* de Nono de Panópolis. La ninfa epónima de la ciudad es Béroe, hija de Afrodita y Adonis, a la que Nono identifica con Amimone, lo que le permite recoger un mito bien conocido, el de la ninfa que, mientras está buscando una fuente, sufre un intento de violación. En la versión de Nono, ese acto procede de Dioniso y quien acude al rescate de Amimone es Poseidón. Se produce así un enfrentamiento con tintes épicos entre los dos dioses por el patronazgo de la ciudad, personificada en la ninfa pretendida por ambos, que finaliza con la victoria de Poseidón; este dios concede a su desposada Béroe (es decir, Beirut) como regalo principal la primacía en el mar.

El tercer bloque del libro, el más amplio, está dedicado al agua en la tragedia griega y comienza con un estudio de la figura de Poseidón en los tres grandes trágicos llevado a cabo por Sara Macías Otero, que destaca las semejanzas y diferencias en el tratamiento que de este dios hace cada uno de esos

autores. El capítulo analiza los testimonios de los trágicos en los que Poseidón es indiscutiblemente el soberano del mar, en el que sitúan su morada, y también aquellos que reflejan posibles vestigios de una antigua faceta ctónica como dios de las profundidades de la tierra. En las alusiones a Poseidón en el género trágico, en definitiva, pueden rastrearse ciertos aspectos de la evolución de esa divinidad, que habría sido en origen un dios telúrico antes de convertirse en dios del mar, sobre todo por su vinculación con las aguas subterráneas.

M. Carmen Encinas Reguero dedica su capítulo a una tragedia específica, *Persas* de Esquilo, y se centra en la doble naturaleza (marítima y terrestre) de la ofensiva que emprende Jerjes, rey de los persas, contra los griegos. Para llevar sus tropas de tierra a suelo griego, Jerjes hace que crucen el estrecho del Helesponto a través de un puente artificial que convierte el mar en un paso terrestre y que se interpreta como una acción de sometimiento sobre Poseidón, un acto de *hybris* que justifica la derrota persa. En la obra se destaca, sobre todo, el error que ha supuesto el ataque por mar y, además, se saca a la luz la identificación de Jerjes con un dragón monstruoso, que convierte el enfrentamiento entre griegos y persas en una lucha de dimensiones cósmicas.

Este bloque concluye con dos capítulos dedicados a la producción dramática de Eurípides. Andrea Navarro Noguera, tras subrayar la importancia del mar en la obra de ese trágico destacando especialmente la belleza de sus descripciones, así como la función que tiene la costa como enclave de la acción dramática en algunas de sus tragedias, fija la atención en los motivos e imágenes náuticas presentes en *Ifigenia entre los tauros*. El mar en esa tragedia funciona como frontera entre el mundo griego y el bárbaro, e incluso entre la vida y la muerte; y la costa, un lugar intermedio entre el mar y la tierra, refleja especularmente la dualidad en la que se encuentran también Ifigenia, Orestes y las esclavas griegas que forman el coro, todos ellos suspendidos entre dos estados. Pero el mar, además de frontera, es la vía de unión entre dos mundos, entre dos costas, entre Ifigenia y su hermano Orestes, y entre el pasado y el futuro de la protagonista.

Al igual que en *Ifigenia entre los tauros*, también en *Helena* el agua es esencial como enclave y como vía de liberación. Elsa Rodríguez Cidre analiza en concreto la *rhesis* con la que da comienzo esa tragedia, un pasaje que concentra algunos de los temas centrales que la tragedia posteriormente desarrolla. Esas primeras palabras de Helena, que se encuentra en la isla de Faros, un espacio liminal cercano a la costa y a la desembocadura de un río, incluyen numerosas referencias al agua, que causan extrañeza porque van asociadas a una versión alternativa del mito. Así, las múltiples referencias

hídricas presentes en el comienzo de la tragedia contribuyen a dibujar el singular escenario en el que se encuentra la protagonista y establecen ecos con otros pasajes de la obra, de modo que cobran significación completa a medida que la tragedia avanza.

El género historiográfico también resalta la importancia del agua, como demuestran los dos capítulos que completan el siguiente bloque temático. El primero de ellos, a cargo de Camilo García Molinero, trata sobre el papel legitimador y protector del río en la Antigua Macedonia respecto a la monarquía argéada. El testimonio más importante lo ofrece Heródoto, que narra cómo el rey Perdicas y sus hermanos son perseguidos y en su huida cruzan un río que les da protección contra sus enemigos. Heródoto ofrece esta historia como relato fundacional de la monarquía argéada y explicación etiológica de unos sacrificios que los descendientes de estos primeros reyes continuarían haciendo como agradecimiento al río. El capítulo trata de identificar el río en cuestión, que Heródoto no nombra, así como la naturaleza concreta de los sacrificios. Además, se ofrece una reflexión sobre la posible presencia de ciertas divinidades, Dioniso o Zeus, en distintos puntos del relato, y sobre el posible sustrato peonio de este mito fundacional.

Por otro lado, el capítulo de Elena Torregaray Pagola está dedicado a Clelia, una de las rehenes entregadas por Roma al rey etrusco Porsena como garantía de paz. La autora se centra en el relato que las fuentes grecorromanas ofrecen de ese episodio destacando la fuga liderada por Clelia, que permite a las jóvenes regresar a su hogar, y los regalos que recibe ella en reconocimiento por su audacia. Los autores latinos, sobre todo Tito Livio, inciden en el perfil militar de la acción de Clelia, mientras que las fuentes griegas ponen mayor énfasis en la astucia de la joven y también en las consecuencias diplomáticas derivadas de su acción. Además, los autores griegos, especialmente Plutarco, conceden al río un protagonismo esencial en el liderazgo militar y diplomático de Clelia, pues el curso de agua, que funciona geográficamente como frontera entre las comunidades implicadas pero que simbólicamente está asociado a la idea de transformación, posibilita que una mujer asuma un papel de liderazgo que normalmente le está vedado en los contextos habituales de conflicto, y deviene símbolo, entre otras cosas, de la defensa y salvación de Roma.

El volumen incluye también un bloque sobre la literatura bíblica y sobre su exégesis, formado por dos capítulos. José Manuel Cañas Reillo se centra en el primer capítulo del Génesis de la Biblia Griega, sobre todo en el segundo versículo, donde se indica que, antes de que comenzara la Creación, la tierra era una especie de unidad desordenada, un abismo lleno de oscuridad, pero se señala también que el hálito de Dios se deslizaba sobre

el agua. Esto lleva a cuestionar cómo es que el agua está presente antes de la Creación. A través de un completo estudio de la adaptación de la versión hebrea al griego y la selección de paralelos con traducciones antiguas a otras lenguas como el etiópico, demuestra que la palabra hebrea traducida en griego por ἄβυσσος («abismo») conservaría la vinculación de su raíz semítica con el agua, vinculación que se habría transmitido veladamente al término griego en contexto bíblico.

Por su parte, el capítulo de Miguel Herrero de Jáuregui presenta un estudio del texto anónimo *Refutación de todas las herejías* del s. III, en el que se critican diversas escuelas gnósticas, considerando que sus teorías atentan contra el cristianismo por estar contaminadas de elementos paganos. Una de esas escuelas es la de los naasenos, de la que solo da noticia este texto. El capítulo se centra en la reinterpretación naasena del cosmos, al que, con una verticalización de la imagen homérica de Océano, concibe con corrientes alternas, hacia arriba y hacia abajo, de las que proceden, respectivamente, los dioses y los hombres. Además, lo compara con el río Jordán, cuya corriente fue revertida por Dios para facilitar el paso del pueblo de Israel. Mediante esta equiparación, los naasenos concilian la mitología griega y la bíblica, de manera que consiguen su objetivo de sincretizar las concepciones de distintas creencias religiosas unificándolas en una sola y universal.

El libro tiene su cierre en un apéndice, a cargo de María del Val Gago Saldaña, en el que, volviendo nuevamente sobre las nereidas, se demuestra hasta qué punto las fuentes clásicas fundamentan el arte de todos los tiempos, incluido el más actual, y perviven en él. Así, la autora presta atención a las distintas representaciones artísticas de las nereidas, hijas del Ponto, cuyos nombres parlantes aluden a diferentes aspectos relacionados con el mar. Sus rasgos presentes en las fuentes clásicas están en la base de la figuración que de las nereidas se va forjando a lo largo del tiempo. También su multiplicidad y el hecho de actuar de forma cohesionada se refleja en muchas de sus representaciones. Estas divinidades marinas son plasmadas con frecuencia en piezas mortuorias, entre las que destaca el Monumento a las nereidas, un edificio sepulcral erigido en Janto en el s. V a.C. A partir de ese momento suelen aparecer desnudas o semidesnudas y a lomos de una criatura marina. Desde el Renacimiento se confunden con las oceánides o las náyades, como queda reflejado en diferentes representaciones iconográficas recogidas en el capítulo, representaciones que llegan hasta el s. XXI. Las más actuales abarcan diferentes manifestaciones artísticas y son un reflejo de la versatilidad y eterna actualidad de esos personajes.

La suma de estas quince contribuciones muestra un panorama amplio y rico de la presencia y función del agua en diversos autores, géneros y épocas